

OCCIDENTE

La última voluntad de una boalés multimillonaria residente en Nueva York permitirá que diversas logias masónicas e iglesias evangélicas se repartan una fortuna estimada en unos 15.000 millones de pesetas, mientras que el legado a sus familiares de

Prelo se reduce a una suscripción a un folleto evangélico editado en Missouri. José María García, quien emigró de Boal a Cuba cuando sólo contaba 11 años y regresaba a casa regularmente, falleció a los 91 años, viudo y sin descendencia. Sus familiares

aseguran que en el último momento intentó modificar su testamento. El único hermano vivo del multimillonario ha aceptado con resignación la decisión última de José María García y no ha dudado en encargar un funeral en su memoria.

La increíble herencia de José María García

Un boalés residente en Nueva York lega 15.000 millones a logias masónicas y deja a sus familiares únicamente una suscripción a un folleto evangélico

Prelo (Boal), Jorge JARDÓN

Un boalés residente en Estados Unidos acaba de dejar prácticamente toda su fortuna, se calcula que podría ascender a 15.000 millones de pesetas, a logias masónicas de Nueva York, a iglesias evangélicas y a la creación de una fundación cuyos contenidos no se conocen del todo bien. Contrariamente, los familiares de José María García, el curioso personaje en cuestión, no han recibido más que «La palabra diaria», un folleto evangélico que reciben mensualmente desde Missouri y cuya suscripción debió de haberles dejado pagada por un tiempo su generoso pariente. «Según llega va para el fuego», dice uno de los familiares de la casa, «ya que dice lo que hay que hacer todos los días, y eso nosotros ya lo sabemos de sobra, las vacas, la leche y la hierba».

Por otra parte tener que leer, como es el caso de la lectura correspondiente al 2 de mayo de este año, «comparto el bien de Dios con los demás», en el caso concreto de los parientes de Prelo, no puede resultar nada digerible. La cosa no es broma. Que uno tenga un hermano de 91 años, viudo, sin descendencia, que sea propietario de una fortuna desmesurada, que tres meses después de haber estado pasando una semana en la casa familiar de Prelo muera y que a uno no le llegue nada de todo aquello debería ser como para caloquercer. Pues sin embargo, para Juan García, el único hermano vivo, esto no supuso ningún trauma y aceptó muy resignado el olvido pecuniario del hermano mayor, aunque de vez en cuando suelte alguna coletilla de desesperación.

«La palabra diaria»

Otra rama familiar del millonario de Nueva Jersey, que tampoco ha recibido lo que se dice nada, excepto «La palabra diaria», dice tener noticias directas y solventes de que José María, que hizo su último testamento un mes antes de morir, llamó en el último momento a un sobrino de Canadá para que viniera urgente porque quería modificar sus últimas voluntades, por encontrarse arrepentido de lo que había hecho. Cuando llegó el sobrino, el tío oía y veía, pero se encontraba sin habla, sin movimientos, y, según señalan, «llorando sangre».

José María García Fernández era el mayor de cinco hermanos, Víctor, Ramona, Victoria y Juan, que cuenta ya con 80 años y es el superviviente de todos ellos. Vive en la localidad boalesa de Prelo, en la casa familiar, aquella de la que su hermano partió con sólo 11 años camino de Cuba en busca de fortuna. El

Propio José María, cuando este periódico lo entrevistó en julio del pasado año, se mostraba orgulloso de haberse marchado con un «puñadín de pesos de plata en la mano, que se multiplicaron tantas veces que para comprarle en ese momento sería necesario poner más de cien millones de

dólares sobre la mesa».

Después de Cuba se marchó a Nueva Jersey, en donde trabajó como obrero de la construcción hasta que empezó a evolucionar por su cuenta, consiguiendo levantar un imperio. Tardó casi setenta años en volver a España, de modo que su hermano Juan no lo

sabía que se dedicaba a la construcción y que solía comentar acerca de los ciento y pico apartamentos de lujo que tenía para vender en determinadas épocas del año. De que era masón no hay duda para los familiares, puesto que él mismo no lo ocultó jamás, y una buena parte de sus cuartos van destinados en esa dirección y en instituciones de marcado matiz religioso. Incluso, según algunos parientes, crea por testamento una fundación que llevará su nombre, y que tendrá una vigencia de 200 años, ya que José María García creía firmemente en la reencarnación del hombre, y contaba estar de vuelta al cabo de ese tiempo.

Un hombre peculiar

Es más, cuando escribió estas cosas a una sobrina, ésta le contestó de inmediato para preguntarle si es que había visto por alguna parte a su bisabuelo y tatarabuelo y demás familia. A pesar de ello, de que nadaba en dinero, tanto su hermano Juan como los demás familiares coinciden en señalar que no recuerdan haberles regalado nada. «A mí, si cuadraba, cuando mucho, podía darme mil duros por ir a recogerlo al aeropuerto», decía uno de sus parientes. Tampoco recuerdan verle jamás con dinero en el bolsillo, porque parecía que nunca tuviera necesidad de comprar algo, y si alguna vez se le apetecía una cosa les pedía el dinero y luego lo reembolsaba mediante un cheque tan escrupulosamente calculado al cambio dólar-peseta «que no había miedo a que te diera», explica uno de sus sobrinos, «mil pesetas de más».

Al margen de sus silencios, ya que todo lo que hablaba era «sí o no», todos destacan su enorme vitalidad para el trabajo. Cuando llegaba de Estados Unidos entraba en casa, bebía un vaso de agua, y no pasaban diez minutos sin que se marchara para el campo a segar la hierba y cargar el tractor o a partir a mano leña para varios meses, costumbre ésta que mantuvo hasta su última visita a España en julio del pasado año, cuando ya tenía cumplidos los 90 años y se encontraba enfermo. Apenas tres meses después fallecía en Nueva Jersey. Y además no llegó a ver en marcha su gran ilusión, alimentada por sus recuerdos de niño, que era poner a funcionar de nuevo el balneario de Prelo.

A pesar de la «roñosería testamentaria» de José María García para su familia asturiana, sus parientes de Prelo cuentan que no tuvieron reparo en hacerle un funeral en la iglesia de Boal, ya que «si se le hizo a todos los hermanos, no iba a quedar él sin nada».



Los dos hermanos

Juan García, en la foto de al lado, acogió con resignación la decisión última de su hermano José María, quien aparece en la foto superior, el año pasado, cuando fue entrevistado por LA NUEVA ESPAÑA. José María García creía en la reencarnación y estuvo en Prelo tres meses antes de su muerte. Después de pasar 60 años sin volver a su tierra, este boalés, que trabajó como obrero de la construcción y gestó su fortuna en Nueva Jersey, regresaba cada año, aprovechando su estancia para colaborar con la familia en las faenas del campo. Sus allegados no compartieron en ningún momento la fortuna del multimillonario, quien nunca proporcionó dinero ni realizó regalos a sus parientes más directos, llegando a darse la circunstancia de que era el propio José María García quien les pedía dinero prestado, cantidades que devolvía mediante cheques.

conocía, y desde entonces empezó a venir todos los años. Saben que enviudó y que no tuvo hijos, pero ninguno de sus familiares conoció a su mujer, de la que nunca le oyeron hablar, lo que revela el carácter introvertido del multimillonario boalés.

Tampoco conocían con preci-